

menos, obtener el de un candidato francés; pero, con gran disgusto suyo, se estrellaron todos sus conatos en la firme actitud de los cardenales españoles, de los cuales no pudo ganar ni á uno solo (1).

Cuanto más se desvanecían las probabilidades del de Amboise, tanto más aumentaban las de Juliano della Róvere. Al principio (según se cuenta), no le faltaban más que dos votos para la mayoría de los dos tercios; pero en el último momento las ambiciosas esperanzas de Juliano fueron frustradas por su antiguo rival Ascanio Sforza (2).

Las fuerzas de cada uno de los partidos, y al propio tiempo su imposibilidad de obtener el éxito, se manifestaron en la votación de 21 de Septiembre (3), en la cual, Juliano della Róvere obtuvo el mayor número de votos, es á saber, quince, faltándole por consiguiente todavía muchos para llegar á la mayoría de los dos tercios; siguiéronle próximamente Caraffa con catorce votos, Amboise con trece, Carvajal con doce, y Riario con ocho (4).

(1) Dispacci di A. Giustinian II, 196-197, 201.

(2) Dispacci di A. Giustinian II, 200. Sanuto V, 92. Zurita V, c. 47 y *Despacho de Costabili al cardenal de Este, fechado en Roma á 23 de Septiembre de 1503: Et per Ascanio se he facto grande opera per questa electione. Prima S. Praxede se approximo al pallio e fu disconcio per S. Petro in vincula. Dopoi corendo molto S. Petro in vincula fu disconcio per Ascanio. *Archivo público de Módena*.

(3) Según las cartas, escritas desde Roma á Sanuto V, 92, de cuyas noticias éste se aprovechó, tres fueron los escrutinios, mientras que Burchard sólo habla de dos votaciones. Sanuto dice: non fu fato scrutinio fino el zuoba [esto es, el 21 de Septiembre] e fu fato uno e S. Praxede fo mejo e S. Piero in vinc. li manchava do voti. El embajador de Mantua Ghivizano, al contrario, dice que el primer escrutinio ya se efectuó el 18; y alega para esto el dicho del embajador de Inglaterra, que pretendía haber sabido el hecho del de Venecia; pero nada de esto se halla en los despachos de Giustinian, á lo menos en los que se conservan; por lo cual la noticia queda dudosa. El *despacho de Ghivizano de 19 de Septiembre está en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Apéndice, n.º 55.

(4) Sobre la votación del 21 de Septiembre hay dos listas en el Burchardi Diarium III, 273 sq., 275 sq., y una en Sanuto V, 93-94, á las que hay que añadir todavía la indicación de los Dispacci di A. Giustinian II, 201. Hasta ahora no se ha reparado, que las dos listas de Burchard, de las cuales la segunda parece ser un extracto de la primera, repetidas veces no concuerdan para nada ni en el número de los votos, ni en los nombres. A su vez otras diferencias presentan Sanuto y Giustinian. Así Caraffa, en Burchard I, tiene 14 votos, en Burchard II, 13, en Sanuto y Giustinian 14. Julián de la Rovere en Burchard I, tiene 14 votos, en Burchard II, Sanuto y Giustinian, 15. Respecto de Carvajal y Amboise todas las cuatro listas concuerdan. Giustinian indica que Castro tuvo 13 votos, con lo que concuerda Sanuto; respecto de las listas de Burchard

Ninguno de los partidos se hallaba, por tanto, en situación de sacar triunfante su candidato, y, sin embargo, todo el conjunto de las circunstancias apremiaba para una presta resolución. Tanto Burchard como el embajador veneciano están de acuerdo en referir que, en aquellas circunstancias, el cardenal de Amboise propuso un candidato que, por su edad y flaqueza, debía considerarse de antemano como un Papa de transición. Antonio Giustinian escribe: «Habiendo comprendido Amboise la imposibilidad de su elección, quiso, por lo menos, evitar que fuera elegido un Papa contrario á sus intereses; y, como varón cauto, procuró acomodarse á la corriente de las cosas (1). En la tarde del 21 de Septiembre propuso, de acuerdo con Ascanio Sforza, Soderini y Médici, al anciano y enfermo cardenal *Francisco Piccolomini*.

Como también los cardenales españoles se declararon conformes con esta designación, el negocio quedó resuelto, y á la siguiente mañana (22 de Septiembre) se verificó con toda regularidad la elección de Piccolomini (2), quien, para honrar la memoria de su tío, adoptó el nombre de **Pío III** (3).

«Cuán grande sea la alegría de todo el pueblo romano, por la elección de Piccolomini, escribía á 22 de Septiembre el embajador de Mantua, no puede explicarse con palabras.» Semejante es asimismo la relación del embajador de Venecia. La vida anterior del nuevo Papa, lleno de bondad, caridad y amor á la paz, parecía segura prenda de que su pontificado sería diametralmente opuesto al de Alejandro VI; por lo cual, todo el pueblo romano

es significativo, que en la primera Castro tiene 11 votos, y en la segunda ninguno. Quizá la segunda lista de Burchard es un aditamento extraño, en favor de lo cual habla la circunstancia, de que en el escrutinio de 22 de Septiembre, y más tarde en la elección de Julio II, no se pone tal segunda lista compendiada.

(1) Dispacci di A. Giustinian II, 201. Burchardi Diarium III, 276.

(2) La acusación de simonía es infundada; cf. Cambi XXI, 197, como también Piccolomini, Doc. intorno a Pio II e III, 19, y Sägmüller, 129.

(3) V. Burchardi Diarium III, 276-277. Dispacci di A. Giustinian II, 199 s.; cf. p. 204 sobre el influjo de los cardenales españoles en la elección. Sanuto V, 93. Zurita, 302. Petrucelli della Gattina I, 452. *Relación de Ghivizano, fechada en Roma á 22 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*. El embajador de Ferrara, Costabili, en su *relación sobre la elección, hace la siguiente advertencia: «Esperamos que el nuevo Papa será tan perfecto, como hay razón para suponerlo». Y en la posdata añade: «El suo nome è Clemente sexto. *Archivo público de Módena*.

se hallaba poseído de alegre emoción (1); y su júbilo era totalmente justificado. Todos los contemporáneos están de acuerdo, en que el nuevo Papa era una personalidad sobresaliente: llamado al Sacro Colegio en edad juvenil por su tío Pío II, en el año de 1460, el cardenal de Sena, como se solía llamar á Piccolomini, señalóse siempre por su exquisita formación, múltiples aptitudes, y digna gravedad de su conducta. En el reinado de Pío II gobernó, con general contentamiento, la Marca Picentina, y en el de Paulo II desempeñó, con gran prudencia y particular satisfacción del Papa, la difícil legación alemana, en la cual le fué muy útil el conocimiento del idioma tudesco, que había adquirido en la casa de Pío II (2); y principalmente los artistas gozaron de la liberalidad del cardenal. Después que, por influjo de los nepotes de Sixto IV, predominó en la Corte romana una tendencia puramente secular, Piccolomini, lo propio que otros varones de más piadosa y grave manera de pensar, se alejó de la Capital; y todavía con mayor razón hizo esto mismo durante el reinado de Alejandro VI. Lo propio que su tío Pío II, sufría mucho el cardenal Piccolomini de la gota, y envejeció y se debilitó prematuramente, por más que observaba una forma de vida muy arreglada. Segismundo de' Conti alaba muy especialmente la exacta regularidad que el cardenal había tomado por norma de su vida. «No dejaba pasar ningún instante desaprovechado, dedicando las primeras horas antes del amanecer al estudio, la mañana á la oración; al medio día daba audiencias, á las cuales hallaban fácil entrada aun las personas más insignificantes. En lo tocante al comer y beber era tan moderado, que no cenaba sino cada dos días» (3).

(1) Dispacci di A. Giustinian II, 200 y *Relación de Ghivizano sobre la elección, fechada en Roma á 22 de Septiembre de 1503: Quanto sia stata la universale allegrezza di tuto questo popolo e corte non saria possibile a dirlo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. nuestras indicaciones vol. III, p. 159, 285, 316, 361 y vol. IV, p. 165 s. El prof. Schlecht dará datos más particulares, tomados de la interesante correspondencia de Piccolomini con sus amigos de Alemania, que puede verse en el Cod. S. 1 de la *Biblioteca Angélica de Roma* y en otros lugares.

(3) Sigismondo de' Conti II, 291-292. Cf. nuestras indicaciones vol. III, p. 283 y vol. IV, 134, 165, 394. Sobre el talento que el cardenal Piccolomini tenía para las artes, v. arriba p. 122, nota 1, y Müntz, *Les arts*, 270. Como todas las fuentes contemporáneas hablan del buen nombre (Sanuto V, 89) de Pío III, así tampoco ningún historiador moderno ha intentado mancillararlo (cf. por ejemplo los juicios laudatorios de escritores, que comúnmente no alaban con facilidad á ningún Papa, como Schröckh XXXII, 444; Voigt, *Pius II*, I, 531). Estaba re-

No es, pues, de maravillar, que todas las personas de buenos sentimientos colocaran en un varón semejante las más lisonjeras esperanzas. «Nos ha amanecido una nueva luz, escribía el General de los Camaldulenses Pedro Delphinus; nuestros corazones están llenos de júbilo, y nuestros ojos derraman lágrimas, porque, finalmente, Dios Nuestro Señor se ha apiadado del pueblo cristiano y dádole un Supremo Pastor, santo, inculpable é immaculado. A una profunda tristeza ha seguido la alegría, á la noche y la tormenta, la luz y la serenidad. Todos estamos llenos de las mayores esperanzas acerca de la reforma de la Iglesia y el resta-

servado á Gregorovius el asentar la afirmación, en su «Lucrezia Borgia», 270, que Pío III había sido «padre feliz, nada menos que de doce hijos, varones y mujeres». Gregorovius no aduce para su afirmación ni rastro de prueba. Ya en el año 1877, G. Palmieri Nuti, *Lettera di Sigismondo Tizio*, advirtió contra Gregorovius lo que ponemos á continuación, á propósito de un pasaje de Tizio, donde dice este autor, que Pío III no empleó el dinero de S. Pedro ni en guerras ni en bastardos: E a proposito di questi non so astenermi dallo esternare il dubbio che, forse prestando troppa fede a dicerie referite da cronisti, l'illustre Gregorovius nella sua recente pubblicazione intorno a Lucrezia Borgia, abbia attribuito addirittura una dozzina di figli a questo cardinale Piccolomini, assicurando che di ingrandirli e arricchirli mancò a lui, fatto pontefice, il tempo, non l'intenzione. Il Tizio, contemporaneo, intimo della famiglia, un po' cattiva lingua [como él dice de sí mismo], e certo non troppo parziale di papa Pio, perchè, lo dice da sè, dovè partirsi di casa Piccolomini per suo rispetto, qui gli dà lode di non essersi tinto di tal pece, a quei tempi, con scandalo universale, pur troppo comune. ¡Á pesar de eso, Brosch, *Julius II*, 93, y Creighton IV, 57, siguiéndole á él, no reparando en el testimonio de Tizio, no han hecho escrúpulo de repetir sin crítica alguna las graves acusaciones lanzadas por Gregorovius, sin tomarse el trabajo de alegar una prueba! En vista de tal proceder, no será superfluo traer á la memoria los honoríficos testimonios en favor del cardenal Piccolomini, que se hallan en las cartas de Ammannati (Epist. 462, en Pii II Comment. [Francof. 1614], p. 776-777), en Senarega, 578, y la palabra de Gaspar Veronensis, 1030, que de ordinario no se recata en dirigir acusaciones contra los cardenales. Dice, pues, este autor, que el cardenal Piccolomini era *moribus senex*. Cf. además los dichos de los coetáneos, que se citan más abajo p. 140, como también el testimonio del embajador veneciano H. Donato, del año 1499, publicado por Sanuto II, 836. Uomo di bona fama, dice de Pío III el austero Cambi XXI, 197. Guicciardini en su *St. fiorentine* (Op. ined. III, 306) llama asimismo al Papa uomo vecchio e di buoni costumi e qualità. También Bernardi II, 56, no sabe decir de Pío III sino cosas laudables. Egidio de Viterbo, el austero censor de toda tendencia mundana, dice de Pío III: sacri senatus lux et gloria diu habitus. *Hist. viginti saecul. Cod. C. 8, 19, f. 312 de la *Bibl. Angélica de Roma*. Para ir con más seguridad en este punto, acudí por medio de mi amigo A. Giorgetti, al experto conocedor de la historia de la familia Piccolomini, el Sr. Bandinelli Piccolomini de Sena. Este declaró que no conocía ninguna prueba en favor de la afirmación de Gregorovius; y que al contrario, había visto en el *Archivo público de Sena* muchas cartas de contemporáneos que realzan con elogio la buena fama de Pío III.

blecimiento de la paz.» «Hemos de dar gracias á Dios por haber confiado el gobierno de la Iglesia á un varón semejante, el cual es, sin duda alguna, tesoro de todas las virtudes y morada del Espíritu Santo. Bajo su gobierno la viña del Señor no volverá á producir cardos y espinas, sino extenderáse floreciente de un mar al otro mar» (1). «Todavía está presente á mis ojos la memoria del tiempo pasado (escribía al nuevo Papa electo, Cosimo de' Pozzi obispo de Arezzo, á 28 de Septiembre de 1503); la faz desfigurada de nuestra Iglesia, el azote del santo enojo del Señor. Ya habíamos perdido toda esperanza de redención, cuando Dios nos ha dado en ti, contra toda esperanza, un Papa cuya erudición, sabiduría, formación y educación religiosa, y la vida constantemente virtuosa, llena de consuelo á todos los buenos y temerosos de Dios. Así que, podemos finalmente esperar que comience una nueva época para la Iglesia» (2).

Los primeros actos de Pío III correspondieron á tales expectativas. Luego á 25 de Septiembre designó como incumbencia suya, en una reunión de los cardenales, la inmediata reforma de la Iglesia y el restablecimiento de la paz en la Cristiandad. La reforma, declaró Pío III, debía extenderse á todos, al Papa, á los cardenales, á toda la Curia y á todos los empleados pontificios, y el concilio se reuniría en el plazo más breve posible. Pronto se extendió la noticia de esto por todos los países, y en Alemania dió ocasión á que el arzobispo Bertoldo von Henneberg compusiera un memorial, que había de contener sus ideas acerca de la reforma de las cosas eclesiásticas en Alemania (3). También manifestó el Papa los mejores propósitos para la administración de las posesiones inmediatas de la Santa Sede; se mostró sumamente económico en sus gastos (4), y mandó continuar la nueva edificación de la Universidad de Roma (5).

(1) Cf. Raynald, 1503 y P. Delphini Oratiunculæ, p. xi.

(2) V. en el n.º 56 del apéndice el texto de esta carta, según el original que hallé en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(3) Dispacci di A. Giustinian, 208. Zurita V, c. 47. Burchardi Diarium III, 279. Cf. Raynald 1503, n. 17 y Weiss, Berthold v. Henneberg, 20. V. también Villa, 365 s.

(4) V. los *Despachos del embajador de Mantua, fechados en Roma á 5 y 9 de Octubre de 1503. En la primera de estas relaciones se lee: Alla S^{ta} di N. S. è a core che le cita e terre quale sono restate alla Sede Ap. siano bene governate et con iustitia et integritate. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Renazzi, I, 199.

Pío III deseaba la paz á cualquier precio; pero cabalmente en esta parte no iba á obtener la más mínima satisfacción. La época de los Borja había dejado en pos de sí una herencia tal, que hacía fracasar todos sus esfuerzos. A 26 de Septiembre dijo el Papa al embajador de Venecia: «Movido por la presión de los cardenales españoles, he tenido que otorgar algunos breves en favor de César Borja; pero no le prestaré ningún otro auxilio. No quiero ser un Papa belicoso, sino fautor de la paz» (1). Ciertamente no tenía Pío III simpatías por los Borja, y especialmente por César; pues había encontrado el Vaticano del todo saqueado, y la Cámara apostólica enteramente cargada de deudas; pero era asimismo ajeno de su índole blanda cualquier género de rencor. «No deseo al Duque, decía, mal ninguno, por cuanto es obligación del Papa ejercitar con todos la misericordia; pero veo que, por juicio de Dios, vendrá á acabar mal» (2).

Así era en realidad. Toda la dominación de los Borja, obtenida con astucia, traición y sangre, aunque había amenazado devorar los Estados de la Iglesia, tuvo un fin súbito.

Como los franceses continuaran su marcha hacia Nápoles, perdió César su último punto de apoyo. Desde Venecia se acercaba con rapidez y respirando venganza, Bartolomé d'Alviano, mientras los Orsini y los Savelli comenzaban abiertamente la lucha contra el odiado Borja. César comprendió, pues, que no podía continuar su permanencia en Nepi, y como todavía no se hallara convalecido de su enfermedad, obtuvo de la benignidad de Pío III permiso para regresar á Roma. «Nunca pensé, decía el Papa al embajador de Ferrara, sentir compasión por el Duque; y, sin embargo, me compadezco de él en sumo grado. Los cardenales españoles interceden por él y me dicen que está muy enfermo, y desea venir para morir en Roma; esto es lo que yo le he permitido» (3). Cuando César regresó á Roma á 3 de Octubre, toda su fuerza constaba ya solamente de 650 hombres. A la verdad, el estado de su salud no era todavía satisfactorio, pero en ninguna manera tan malo como falsamente se había representado al Papa; y muchas personas de Roma, principalmente Juliano della Róvere y

(1) Dispacci di A. Giustinian, II, 208-209; cf. Ulmann, II, 136.

(2) Dispacci di A. Giustinian, II, 207.

(3) Relación de Costabili de 2 de Octubre, citada por Gregorovius, VIII^o, 13, cf. Dispacci di A. Giustinian, II, 218.

Riario, estaban grandemente descontentos por haber el Papa permitido el regreso de César. A 7 de Octubre excusó Pío III aquel su blando proceder, haciendo observar al embajador veneciano: «Yo no soy un santo ni un ángel, sino un hombre sujeto á error, y se me ha engañado» (1).

Para el 8 de Octubre se había fijado la fiesta de la coronación, á la cual concurrió gran muchedumbre de pueblo (2). Antes de la ceremonia, Pío III, que hasta entonces no había sido más que diácono, recibió la consagración sacerdotal y episcopal. Las prolijas ceremonias de la coronación, exigieron un terrible esfuerzo al gotoso Papa, que poco tiempo antes había tenido que sufrir una dolorosa operación en una pierna. Celebró sentado el Santo Sacrificio de la Misa, y por efecto de su gran debilidad se difirió también para otro tiempo la toma de posesión de Letrán (3).

Aun cuando el estado de salud de Pío III, antes se empeoró que se mejoró en los siguientes días, concedió, sin embargo, numerosas audiencias; el 9 de Octubre deliberó con los delegados acerca de las medidas que deberían adoptarse contra la irrupción de Bartolomé d'Alviano en los Estados de la Iglesia; el 11 del mismo mes celebró, en ayunas, un largo consistorio, en el cual se trató del nombramiento de nuevos cardenales y del estado de las cosas de Roma que infundía cuidado (4). Habían llegado á la Ciudad Bartolomé d'Alviano, Juan Pablo Baglione y muchos Orsini, los cuales, así como los cardenales Juliano della Róvere y Riario, reclamaban que César despidiera sus tropas; pues, en otro caso, tomarían ellos las armas (5). Así de parte de los franceses como de los españoles, se negociaba con los Orsini; estos últimos, á

(1) Dispacci di A. Giustinian, II, 226; cf. 219, 221 y Burchardi Diarium, III, 279.

(2) Esto lo refiere Costabili en su *carta de 8 de Octubre de 1503. *Archivo público de Módena*.

(3) Sobre la coronación de Pío III, ilustrada más tarde con un fresco de Pinturicchio en la catedral de Sena (cf. la inscripción publicada por Faluschi 15 y Steinmann, *Pinturicchio* 136), cf. Burchardi Diarium, III, 280 sq.; Müntz, *Les arts*, 272, 273 sq.; la *relación de Costabili de 10 de Octubre de 1503. *Archivo público de Módena*. *Acta consist. del *Archivo consistorial*. Sobre la operación del Papa, v. Dispacci di A. Giustinian, II, 212 y Sigismondo de' Conti, II, 292.

(4) V. Dispacci di A. Giustinian, II, 226, 228, 251 y el *despacho de Ghivizano de 11 de Octubre. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Dispacci di A. Giustinian, II, 237.

excepción de sólo Juan Giordano, movidos del odio contra César, que había abrazado el partido francés, se resolvieron en favor de España y se aliaron con los Colonna. A 12 de Octubre se anunció públicamente la alianza entre las dos Casas de antiguo rivales (1).

César perdió entonces todo apoyo; corrió la voz de que pensaba huir con el cardenal d'Amboise; pero éste no se mostró en manera alguna inclinado á cargar con el odio de los enemigos de los Borja. A 15 de Octubre, César, abandonado de todos, procuró escapar á la venganza de los Orsini saliendo de Roma; mas apenas había abandonado el palacio Vaticano, cuando la mayor parte de sus tropas se dispersaron, y él hubo de regresar á sus habitaciones con solos 70 hombres de armas. Los Orsini exigieron al Papa la prisión de César, para que no pudiese substraerse al castigo que le amenazaba en el proceso que contra él iba á entablarse. «Bartolomé d'Alviano, furibundo como un perro rabioso, dice el embajador de Venecia, había puesto guardias en todas partes, para que el Duque no se le escapara» (2).

El Papa no se hallaba en disposición de cumplir los deseos de los Orsini; pues, desde el 13 de Octubre, yacía mortalmente enfermo (3); por lo cual los Orsini se resolvieron á tomarse la justicia por su mano. Cuando comenzaron, pues, los ataques al Borgo, César huyó al castillo de Sant-Ángelo por el camino cubierto. Los cardenales españoles meditaron el plan de ayudarle á huir disfrazado de monje; pero los Orsini tenían bloqueado el castillo con el rigor más extremado; de suerte que aquel hombre que, todavía pocos meses antes, había extendido la mano para apoderarse de la Corona real del centro de Italia, se vió ahora encerrado en aquella misma fortaleza donde en otro tiempo se habían consumido sus enemigos, y acompañado sólo de un par de criados, que habían perseverado con él (4).

Entretanto llegó para Pío III el fin de sus días. Ya á 15 de Octubre habían dado los médicos pocas esperanzas, en atención á la ancianidad y debilidad de fuerzas del enfermo; y como la fiebre no le dejaba, aumentó rápidamente el peligro de su pre-

(1) Dispacci di A. Giustinian, III, 237 y Burchardi Diarium, III, 284.

(2) Dispacci di A. Giustinian, II, 237, 244-245.

(3) Burchardi Diarium, III, 284. Dispacci di A. Giustinian, II, 240.

(4) Dispacci di A. Giustinian, II, 249.

ciosa vida. El día 17, su estado no daba ya lugar á ninguna esperanza (1).

Pío III conservó la claridad y presencia de ánimo, y aun cuando no creía todavía en la proximidad de su fin, el 17 de Octubre recibió, por segunda vez durante su enfermedad, el Cuerpo del Señor, y en la noche siguiente el sacramento de la Extremaunción, edificando con su conmovedora piedad á los que le rodeaban (2). Blandamente, y resignado en la voluntad de Dios, pasó de esta vida en la velada del 18 de Octubre (3).

«Toda la Corte, escribe el embajador de Ferrara á 19 de Octubre, deplora la muerte de este Papa; pues, según el juicio común, era Pío III bondadoso, prudente y santo. Toda Roma acudió, á pesar de la continua lluvia, á besar los pies del finado,

(1) Además de los Dispacci di A. Giustinian, II, 243, 249, cf. las *relaciones de Costabili de 16 de Octubre (La febre non lascia el papa da veneri in qua in modo che de la vita di S. S^a se ne dubita per li medici grandemente), y 17 de Octubre (*Archivo público de Módena*) y las *relaciones de G. L. Cataneo de 16 de Octubre (El papa è pegiorato), como también los dos *despachos del mismo de 17 de Octubre (El papa è abandonato in tuto de salute, y El papa è abandonato da tuti de la vita sua). *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Dispacci di A. Giustinian, II, 252. Burchardi Diarium, III, 285.

(3) La hora de la muerte es indicada diversamente. Señalan las ocho *Ghivizano y G. L. Cataneo en sus *despachos de 18 de Octubre (*Archivo Gonzaga de Mantua*), las diez los Dispacci di A. Giustinian, II, 253, Burchardi Diarium, III, 285 y el Notar de Masiis en Gori, Archivio, IV, 244 (con fecha falsa). La indicación de Malavolti, Istoria de' Sanesi, VIII, 3, de que Pío III fué envenenado (por Pandolfo Petrucci de Sena), se halla sin el nombre del autor del crimen en una crónica contemporánea, existente en el Cod. LIII, 12 de la *Biblioteca Barberini de Roma*. Novaes, VI, 130, se siente inclinado á dar fe á este dato, pero habla muy en contra la circunstancia de que los embajadores que entonces residían en Roma, no dicen de esto una sola palabra; cf. Petrucci della Gattina, I, 455. Pío III fué sepultado junto á Pío II, cerca de la capilla de San Andrés, en la basílica de San Pedro. Sufragaron los gastos sus hermanos Jacobo y Andrés (cf. el documento en Piccolomini, Documenti, 39-43). En la época de la restauración de la basílica, en el pontificado de Paulo V, el año 1614, el cardenal Alejandro Montalto cuidó que se trasladase el sepulcro á San Andres della Valle, donde fué colocado en frente del de Pío II (Sigismondo de' Conti, II, 293, 325. Mai, Spicil. IX, 263. Dionysius, Vat. cript. 123 ss. Müntz, Les arts, 273, 377-278). La pomposa inscripción es de fecha posterior; en su testamento, Piccolomini había establecido que se le pusiese un epitafio muy sencillo y modesto; v. Piccolomini, Documenti, 41, n. 2; ibid., p. 20, sobre el hermoso pretendido «anillo de Pío III», que ahora pertenece al príncipe Corsini, y se conserva en el museo Nacional de Florencia. Al hospicio alemán del Anima legó Pío III 100 ducados, 300 libras y el cáliz que usaba diariamente cuando era Papa. Kerschbaumer, 19-20. Sobre medallas y retratos de Pío III, v. Armand, II, 109. Litta, Piccolomini, y Jahrb. d. Samml. d. österr. Kaiserhauses, XVII, 142. Cf. Müntz, Les arts, 272 s.

en cuyo aspecto no se observaba ninguna mudanza. Se cree generalmente que, por efecto de la flaqueza de su salud, los esfuerzos anejos al Pontificado acabaron con su vida. La noche que precedió á su elección, no había podido dormir nada; y desde entonces no volvió á tener momento de tranquilidad. Continuamente le pedían audiencias los cardenales, y luego siguieron las fatigosas ceremonias de la consagración y coronación. El miércoles anterior celebróse un largo consistorio, al cual asistió el Papa en ayunas. Todavía el viernes dió audiencia durante mucho tiempo, y aun cuando el día precedente había tomado una medicina, observó, sin embargo, la abstinencia y comió de pescado. Con esto le acometió la fiebre, que ya no le dejó hasta su muerte» (1). «La muerte de Pío III, dice Segismundo Tizio, será de gran perjuicio para la Iglesia, para la ciudad de Roma y para nosotros; pero, por ventura no merecemos, por nuestros pecados, otra cosa mejor» (2).

«Aquí nadie se ocupa sino en la cuestión de la elección pontificia; escribía el día de la muerte de Pío III el embajador de Mantua; pero es difícil conjeturar qué nombre saldrá de la urna electoral» (3). Ocho días después quedaba esta duda resuelta.

El 29 de Octubre de 1503, domingo, refiere Burchard, se juntó el cardenal Juliano della Róvere, en el palacio apostólico, con César Borja y los cardenales españoles, y otorgaron una capitulación, en la que se estableció, entre otras cosas, que el cardenal Juliano, si llegara á ser Papa, elegiría á César para abanderado de la Iglesia, y le favorecería á él y á sus Estados, así como César al Papa. Todos los cardenales españoles prometieron á su vez, que darían en la elección sus votos á Juliano (4).

(1) V. en el apéndice n.º 57 la *relación de Costabili de 19 de Octubre de 1503 que se halla en el *Archivo público de Módena*. Cf. también el *despacho de Ghivizano de 18 de Octubre de 1503. En él se dice que en la corte todo el mundo llora la morte e perdita de un tanto homo dal quale si sperava grand^{me} bene per s^a chiesa. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Nuti, Lettera di Sigismondo Tizio, 15.

(3) *Qui non si attende altro che a le pratiche dil novo pontefice; mal se po iudicare in che man il debba caschare. Hozi questi rev^{mi} cardinali fanno congregatione in S. Pietro; se extima se afrezarano presto per far un novo papa. *Despacho de Ghivizano, fechado en Roma á 18 Octubre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Burchardi Diarium III, 293. V. también el despacho de Machiavelli de 4 de Noviembre de 1503. Cf. Opere, ed. Passerini II, 214; Dispacci di A. Giustinian II, 271, y Leopardi, Bonafede 58 s. Son también interesantes los *despa-